

LA MADRE Y EL ANGEL

Una buena madre es como un ángel. O, para expresarlo de otro modo, junto cada uno de estos seres privilegiados camina una de esas criaturas aladas, enviadas por Dios, para alentarlas en su noble misión de proteger a sus hijos. Tienen hondo sentido humano, diríamos, casi divino, el identificar la madre con el ángel, no sólo como un dicho traslaticio sino como una realidad que experimentamos desde el momento en que abrimos nuestros ojos a la primera luz de este mundo hasta el postrer cuando la vida se nos vaya en el último suspiro. Lo hacen bien los poetas que le cantan a las madres como si le cantaran a los ángeles. Ellas mismas, al tomarnos en sus brazos, arrugarnos con sus cancones y rodearnos con su ternura, nos llaman sus angelitos. Pero no como aquéllos que reclamaba el exímio Andrés Eloy Blanco del pintor aristócrata, nacido en su tierra, con un pínzel extranjero en sus manos, que sólo pintaba angelitos blancos. "Aunque la virgen sea blanca", para todas las madres hay también angelitos negros, amarillos y de todos los colores.

Nunca se nos parece más la madre a un ángel que en ese empeño de proteger. Por eso sufre, se sacrifica y da su propia vida. Como en "Génesis," la canción ganadora; "el amor para empezar", desde que a la

madre se le desgarraron sus entrañas para tener su primer hijo. En la mitología griega se refiere que cuando Proserpina fue lanzada por Plutón a los infiernos arrancó un grito tan lastimero y tan profundo que fue escuchado por toda la tierra. Hécate, la diosa de la oscuridad y Helios, el dios del sol, se llenaron de espanto. Las madres de toda la tierra también lo escucharon y creyendo que sus hijos estaban amenazados por un gran peligro salieron apresuradas en busca de ellos para protegerlos. Y en la Biblia se personifica a perfección la imagen de este ángel tutelar que llamamos madre. Cuando a aquella mujer, llamada Rizpa, le ahorcaron sus dos hijos "en los primeros días de la siega, tomó una tela de cilicio, y la tendió para sí sobre el peñasco, desde el principio de la siega hasta que llovió sobre ellos agua del cielo; y no dejó que ningún ave del cielo se posase sobre ellos de día, ni fieras del campo de noche".

(II Samuel 21:9-10)

En la buena madre se sintetizan todas las virtudes, todos los sacrificios, en fin, todo el amor a que es capaz el corazón humano. Como en la escena sobre aquéllos que habrán de nacer, de Maerterlink, en "El Pájaro Azul", un niño preocupado por lo que le espera con su advenimiento a este mundo desconocido, le dijo a Dios:

- Me dicen que dentro de poco me vas a enviar a la tierra, ¿pero cómo viviré allá tan pequeño y débil como soy?

- Entre los muchos ángeles escogeré a uno que te espera - le contestó Dios.

-Pero dime, aquí en el cielo no hago más que cantar y sonreír y eso basta para mi felicidad, ¿podré hacerlo allá?

-Yo enviaré un ángel que cante y sonría para tí todos los días, Y te sentirás muy feliz con sus canciones y sus sonrisas.

-¿Cómo entenderé cuando me hablan si no conozco el extraño idioma que hablan los hombres?

-Un ángel te hablará las palabras más dulces y más tiernas que escuchan los humanos. El te enseñará.

-¿Qué haré cuando quiera hablar contigo?

-Un ángel juntará tus pequeñas manos y te enseñará una oración.

-He oído que en la tierra hay hombres malos, ¿quién me defenderá?

-Un ángel te defenderá aunque le cueste la vida.

-Pero estaré siempre triste porque no te veré más, Señor. Sin verte me sentiré muy solo.

-Un ángel te hablará siempre de mí y te mostrará el camino para volver a mi presencia, le dijo Dios.

-Ahora dime, ¿cuántos ángeles has mandado a la tierra?- le preguntó el niño. En ese instante una paz inmensa reinaba en el cielo. No se oían voces terrestres. El niño repetía suavemente: -Dime sus nombres, Señor.

Y el Señor contestó: la madre.

Volvamos a la madre buena y sigamos con los ángeles. Refiere otra leyenda que tres ángeles fueron enviados por Dios a la tierra para que

llevaran al cielo las cosas más lindas y perdurables que pudieran encontrar entre los humanos. Buscaron en las mansiones de los ricos, en los escenarios de belleza y en las casas de los humildes. Uno fue cargado de preciados tesoros. Otro llevó un ramo de rosas escogidas y fragantes. Mientras que el tercero llevó consigo las lágrimas de una madre. Cuando llegaron al cielo nadie le hizo caso a los preciados tesoros. Las rosas muy pronto se marchitaron. Pero las lágrimas de la madre refulgían como hermosas perlas y en el cielo se dijo que eso era la cosa más linda y perdurable que la tierra había conocido.

Pero como sucede con todas las cosas de la vida aún los grandes amores vienen a menos y se deprecia la virtud excelsa. Se nos hace duro, sumamente duro, tener que admitir que hay madres malas, pero digamos que son displicentes, irresponsables. Las que no están dispuestas a los sacrificios supremos. Las que no han captado el verdadero sentido de la maternidad.

Desfila ante nuestra vista esa madre, cuyo hijo deforme y retardado, que ella esconde como si se avergonzara de la criatura que trajo en su seno. La otra, la que alterna en la sociedad, rozagante, con su lindo rostro, con los bríos de su juventud, pero con su esposo enfermo y que invocando su derecho a la felicidad accede a la entrega de sus dos hijos como si entregara un objeto cualquiera. Puede llegar un momento en que una madre compelida por la miseria, por la invalidez o por cualquier otra razón

imponderable, haga entrega de sus hijos con el corazón herido por el más grande de los dolores. Pero, ¿qué felicidad podrá alcanzar una mujer que por puro egoísmo hace entrega del fruto de sus entrañas?

He ahí la buena madre, sacrificada, llena de fatiga y de cansancio, agobiada como una avecilla bajó el peso de sus alas. La otra, displicente e irresponsable, como si nada turbara su felicidad. Aquella, idealizada. Esta, en su ruda crudeza. Pero yendo un poquito más lejos podríamos decir que entre una y otra está la diferencia entre una humanidad desquiciada y una de hombres sanos y en su juicio cabal.

Jesucristo nos dijo que en el cielo los ángeles de Dios velan delante de su rostro por cada uno de estos pequeñitos. En la tierra las madres buenas son los ángeles que velan por sus hijos.

Miguel Limardo

mr